



vilegiado por su frondoso verdor y paisaje atractivo entre montañas que se encuentra al norte de aquel país y lindando con Francia, donde sólo se hablaba el vascuence, una colonia de jornaleros, para que cultivasen estas tierras al estilo y costumbres de allí, bautizándole con tal motivo como el navarro.

Poco después el señor Goyeneche mandó llamar al arquitecto José de Churriguera, para que construyese el palacio y la iglesia, trazando al mismo tiempo a cordel las calles del pueblo como un anticipo de visión clara y de futuro para las grandes ciudades. Mas si el lector piensa que hace 270 años nadie preveía la locomoción a motor y las grandes ciudades, si visita Nuevo Baztán se convencerá, aunque ya deteriorado por el tiempo y casi abandonado el pueblo, que quedan huellas que confirman lo dicho.

Empezaremos con el palacio que da muestras de abandono, pero que todavía quedan vestigios de su empaque y que es una buena obra de Churriguera. Consta de dos plantas franqueadas por dos torres y un torreón de gusto barroco.

La puerta principal aparece encuadrada de baquetón cortado por fuertes franjas y un mascarón central churrigueresco. Amplio zaguán, comunica con patio de construcción sencilla con arcos estilo Herrera, teniendo en el centro un pozo con el correspondiente y bien forjado hierro. La escalera es parecida, si bien de menores dimensiones, a la del palacio Goyeche de Madrid (actual Academia de Bellas Artes de San Fernando). En uno de los salones hubo teatro al que asistía la aristocracia de Madrid. Los suelos apenas se distinguen en su colorido de mosaicos amarillos y azules que fueron fabricados en el mismo pueblo, en la fábrica de cerámica que construyera Goyeneche.

En la parte posterior del palacio se ve la que fuera plaza de Armas, llamada también de Toros. Es cuadrada y circundada de balconaje, con arcos rebajados y barandilla de hierro forjado, sostenida por pilastras de piedra y enriquecida de floridos adornos, desde los cuales presenciaban las corridas de toros los reyes y nobles de la Corte.

La iglesia parroquial está dedicada a San Francisco Javier, como homenaje al santo navarro, situada junto al palacio, donde ambos componen una misma fachada. Su puerta de medio punto con moldura barroca apoyado al entablamento sobre cuatro grandes co-

- *En la pequeña localidad sobresalieron industrias de paños, tisú, sedas y vajillas para la casa Real.*
- *La cría del gusano de seda tuvo gran importancia entre los vecinos.*
- *La frondosidad de sus parajes hacen un verdadero vergel del pueblecito.*





lumnas que se apoyan en altos pedestales dispuestos en planos distintos. Un frontón que no podía faltar, si tenemos en cuenta el origen de las gentes, está partido y enmarca en su centro una hornacina churrigueresca, donde vemos la estatua de San Francisco Javier, rematado todo este conjunto con un frontón a dos aguas.

El templo está franqueado por dos simétricas torres, desmochada en la guerra la que vemos a la derecha. Dos estrechos cuerpos de fábrica unen las torres con la portada, donde se ven en cada uno de ellos una cuadrada ventana enmarcada de molduras y otra redonda y más pequeña igualmente orladas, en que se apoyan pequeños tejadillos que afean el conjunto arquitectónico.

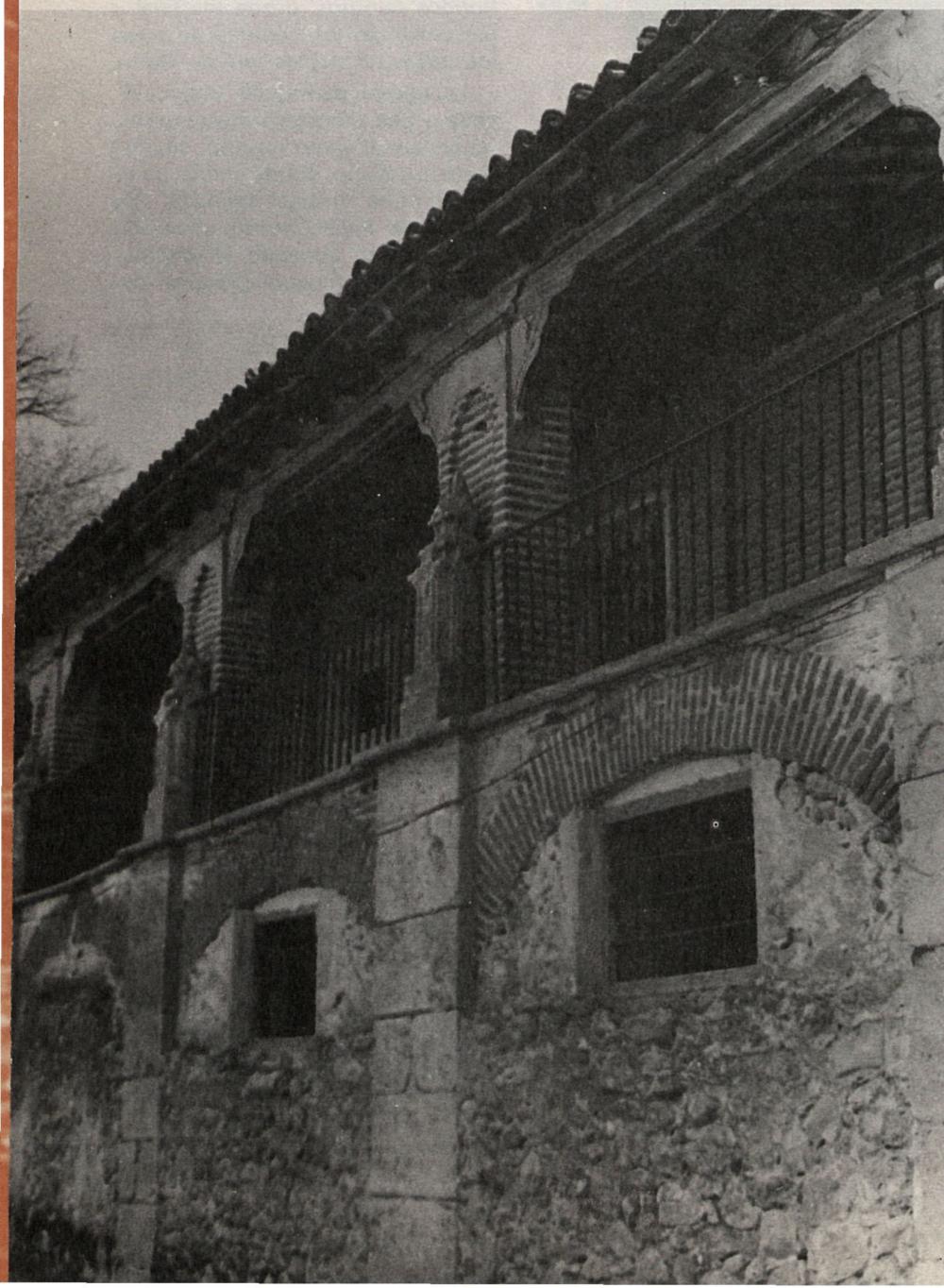
En el interior llama la atención al visitante menos avezado el retablo de mármol de Cuenca con la imagen del titular, en el altar mayor, de un barroquismo algo tímido y con su cortinón imitado en yeso dorado que a primera vista parece fabricado en tela. El coro comunica con el palacio, donde oían misa los señores. Fue declarada Monumento Nacional.

En el centro de la plaza del pueblo se ve aún una fuente, cuya alta taza debía sostener tres delfines, según parece. También llevó el sello de Churriguera y estaba rodeada de numerosos y viejos árboles.

Frente a esta plaza todavía quedan restos de piedra, que rodearon la huerta con jardín y una noria, que surtía de agua a la fuente central y baños.

Como recuerdo, quiero hacer mención a las industrias que hicieron célebre en otro tiempo a este pueblo, donde se fabricaban paños de tisú, terciopelo con seda, sarga y otras telas. También hubo cerámicas bastas y finas que trabajaron vajillas para la Casa Real, aunque de peor calidad que las alcanzadas en la Granja, lo mismo de vidrio y que éstos fueron de superior calidad de los de Cadalso de los Vidrios, habiendo venido familias extranjeras para ayudar a los nativos en estas empresas.

También parece ser que entonces muchos vecinos se dedicaban a la cría de gusano de seda, para cuyo mantenimiento había en este término gran cantidad de moreras. De todo aquel hormiguero de vida humana no queda hoy más que el vago recuerdo de unas glorias que difícil volverán, y unos edificios y monumentos en grave estado de salud, ya por el implacable paso del tiempo, ya por el aban-



dono del hombre. No obstante, el pueblo presenta un aspecto muy interesante y pintoresco desde la carretera, siendo amenos sus contornos por el arbolado, entre el que sobresale los chapiteles de su iglesia.

Curioso y ameno también lo constituye el lugar llamado «La Almunia», con la fuente del mismo nombre, donde brotan dos hermosos chorros de agua, rodeada de frondosa arboleda. Para llegar aquí, sígase la carretera de La Olmeda de las Fuentes (antes Cebolla), encontrándose este paraje a un kilómetro en el descenso que hace la carretera y al frente de la misma.

Por último, diremos que las pocas gentes que siguen ocupando Nuevo Baztán se enorgullecen de su origen, dando muestras de simpatía en sus intercambios de amistad con las del valle navarro que lleva el mismo nombre e incluso compartiendo algunas de sus costumbres y tradiciones. No hace mucho, algunos investigadores, en sus inquietudes de conocer el verdadero origen de estos nativos, que parece ser se ha rumoreado son originarios de los «agotes» que se afincaron en la Alta Edad Media en el valle del Baztán navarro, raza de segunda clase entre los del mismo valle, decían ignorar la existencia étnica de tal raza, como si les tuviera sin cuidado tal circunstancia.

No podemos pasar por alto tampoco la seriedad en el trato de estas escasas gentes que siguen ocupando Nuevo Baztán. Son como niños grandullones, que su palabra es oro de ley. Los que hemos tenido el privilegio de conocer lo frondoso, verde y armónico que la Naturaleza ha puesto en aquellos lugares del valle navarro nos damos cuenta que la lealtad de estos hombres de bien, al igual que aquellos otros de más arriba, lo llevan en el rostro de la cara. A simple vista, parecen reservados en sus transacciones, pero una vez tratados de cerca, su afabilidad y deseos de convivencia se hace patente en sus actos. Nadie saldrá de Nuevo Baztán en sus Ferias y Fiestas de 3 de mayo sin haber sido invitado a probar su rico cordero asado, porque las gentes de Nuevo Baztán dan su sincera amistad a todos.

Y por último, y a título informativo, diré que Nuevo Baztán está a 831 metros de altitud. Dista 47 kilómetros de Madrid, por la carretera de Barcelona hasta Torrejón, y de aquí por Loeches y Pozuelo del Rey, llegaremos a nuestro destino.

Estebán ESQUIROZ
Fotos Rogelio LEAL



MUCHOS PUEBLOS MADRILEÑOS, CONVERTIDOS EN BARRIADAS DE LA CAPITAL

MADRID ya no tiene propiamente pueblos. Están tan cerca de la capital que más bien podemos

decir que son barriadas madrileñas. Aquellos pueblos de no hace mucho que se encontraban aislados de todo trájín de la humanidad, han desaparecido, para dar paso a esos otros repletos de vida colectiva ante su vivificadora transformación.

Apenas han pasado unos cuantos años, no muchos. El pueblo, los pueblos, eran como salpicaduras geográficas en los más desconsoladores confinamientos.

Madrid, la capital, ¡«caía» muy lejos! Por eso existía la figura del «ordinario». Aquel hombre, aquellos hombres, que se aventuraban a viajar hasta la capital para comprar los encargos que se les hacía. La Cava Baja era el centro motor de aquellos vetustos e incómodos coches de línea. Y por eso, junto a la Cava Baja, la calle de Toledo y la Plaza Mayor, rivalizaban entonces en comercios especializados para atender todas las necesidades que los afincados en los pueblos limítrofes necesitaban.

Venir a Madrid, significaba muchos esfuerzos, muchas molestias, mucho trabajo. ¡Estaba tan lejos...!

El «ordinario» fue, indudablemente, una profesión que dejaba pingües ganancias. El hombre, orgánicamente machacado por aquellos desventurados viajes, horas y más horas, para venir a Madrid, arribaba en la capital con una abul-

tada lista de encargos, volcados después en aquellos comercios de la calle de Toledo y la Plaza Mayor. Eran comercios, como se decía entonces, sólo para «paletos».

Los tiempos, como recordarán los que hayan pasado la cincuentena, eran muy otros. Se vivía en un tran, tran, sin pena ni gloria. En un vivir vegetativo. En una sencillez y en una pobreza que rayaba en lo ermitaño.

La otra cara de la moneda la conocemos bien en nuestros días. Los pueblos, precisamente los pueblos son los que más han cambiado. Los que han sufrido mayor transformación, aunque ahora, por el aquel de la industrialización, se hayan quedado sin la juventud.

Hoy los pueblos son más bien barriadas madrileñas, porque en ellos se vive como en Madrid. La luz eléctrica se llevó para siempre aquellas sombras fantasmales que proporcionaban las velas. La fuente del pueblo y los improvisados lavaderos junto al río se quedaron en las coplas y en los versos. En los coros folklóricos de las zarzuelas.

LA TELE, LAS DISCOTECAS Y EL GÜISQUI

NO, desde luego. Los pueblos, al menos los de la provincia de Madrid, no son ni su sombra. Viven, se vive como en las barriadas madrileñas. Se acabaron

las oscuridades y las velas, como todavía vemos en las novelas-folletones de la televisión. No, repetimos. Ya todos tienen agua, luz y teléfono. Ya en todos, dejaron el tinto para pasarse al güisqui. Ya en todos hay toda clase de debidas, tortitas con nata y caramelo, hamburguesas y perritos calientes. Es decir, lo mismo que en cualquier cafetería de estas latitudes nuestras.

El tiempo, los tiempos, se han llevado aquel sabor tan característicamente pueblerino. Se vive como en Madrid, o acaso mejor que en Madrid, porque tienen «metro» y sus consabidas luchas para poder entrar en él.

Con las salas de baile, sucede lo mismo. Se fue siempre aquella murga que «amenizaba» bodas, bautizos y bailes populares y domingueros. Se acabaron también los pasodobles. Un to-

cadisco y varios tocadiscos, en locales denominados discotecas, llevan hasta los pueblos toda la geografía universal de la música moderna.

Las discotecas han roto totalmente con el pasado. Ya no existe la figura clásica y casi legendaria del «bastonero», aquel «empleado de la casa» que con largo bastón separaba la proximidad de las parejas. Hoy ya no hace falta. No hace

falta, porque las parejas ya no bailan juntas, sino materialmente pegadas unas veces, y otras, bailan al estilo de la jota, conforme a los cánones de los bailes modernos.

Todo ha cambiado de arriba abajo. Y todo es igualdad. Por eso se vive en Madrid lo mismo que en sus pueblos y que los pueblos y las capitales de otras latitudes del exterior.

Y luego, la tele, que ha en-



La entrada a unos grandes almacenes (El Corte Inglés del Generalísimo).

trado en todos los hogares. Porque si la tele tiene un gran valor para nosotros, la tele en los pueblos alcanza y supone el no va más.

Con la tele las horas en los pueblos se hacen más codiciadas que en Madrid, porque todavía en los pueblos se conocen los descansos y los ocios en cuanto se pone el sol. En cuanto el sol dice: hasta mañana a primera hora.

Ahora en los pueblos tiene objeto el reloj. La luz solar podrá seguir siendo guía de la jornada laboral agrícola. Pero el reloj abunda en su razón de ser para ver tal o cual programa de la tele o cuál entrada o salida de la discoteca, aparte de estar pendiente de la hora del aperitivo en el bar y la merienda en los atardeceres.

En los pueblos se vive tan distintamente que los de Madrid en cuanto tenemos un puente o un sábado inglés, cogemos el coche y nos vamos a ellos en las mejores de nuestras alegrías.

DE LAS CANTERAS DE PIEDRA A LAS CANTERAS FUTBOLISTICAS

T

AMBIEN hace años en los pueblos de la provincia se jugaba al fútbol con algún bote vacío.

Acaso, con un improvisado pelotón de estopa. El fútbol era tan sólo el clásico juego infantil, como era natural, sin orden ni concierto. La calle empedrada para las herraduras o el trocito de campo más o menos llano servían de cancha. Porque entonces el fútbol, los encuentros futbolísticos de las capitales, no llegaban hasta ellos. Solamente la radio, en algunos pueblos con luz eléctrica, ponía al corriente a los aficionados de la marcha de los equipos. A éstos, a los equipos,

**Quando
Madrid
estaba
¡tan lejos!**



**Hoy
los pueblos
de nuestra
provincia
son ya
pequeños
«Madriles»**

sólo se les conocía, pues, por referencia.

Hoy también las cosas han cambiado en este orden futbolístico-deportivo. Hoy se conocen a todos los equipos a través de la televisión. Hoy en todos los pueblos de la provincia madrileña disfrutan de su equipo local. Y es más: hace unos días, la Diputación madrileña ha firmado un convenio con la Federación Castellana, para poder habilitar campos de fútbol en toda su geografía local. El concierto supera los cien millones de pesetas. Es un acuerdo con vistas a fomentar la cantera y conseguir, en su día, traspasos más asequibles que los actuales.

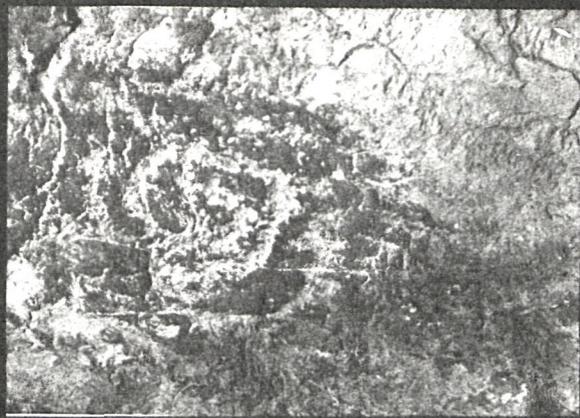
Quiere esto decir que hasta el fútbol, en su más elevado concepto, llega también a los pueblos. Son, pues, los pueblos pequeños «madriles». Son, repetimos, como barriadas madrileñas. Son, en definitiva, la antítesis de aquellos otros, cuando los vetustos coches de línea se estacionaban en la obligada estación de término de la Cava Baja, y el «ordinario» compraba todos los encargos en la calle de Toledo o en la Plaza Mayor.

Hoy los pueblos están en Madrid, porque a Madrid se llega en un santiamén. Las compras gordas se realizan en una tarde con el mínimo esfuerzo. Y después, de regreso al terruño, el bar, el güisqui, la discoteca y la tele les espera, exactamente igual que si estuviesen empadronados en la villa y Corte.

La vida, las personas y los pueblos, tienden a una igualdad y la igualdad se va consiguiendo. Porque si las clases sociales apenas se distinguen, al igual sucede con los pueblos madrileños, que apenas también se distinguen de cualquier barriada de este nuestro Madrid. Para bien de todos, por supuesto.

JIMENEZ CORELLA

IMPORTANTE EXCAVACION ARQUEOLOGICA EN ARGANDA



S E sentía interés dentro de las múltiples tareas de la Comisión de Educación y Cultura de la Diputación, por colaborar en el interesante y atractivo campo de la investigación arqueológica en la provincia de Madrid.

El cometido concreto que en este sentido se encomendaba a los Servicios de Extensión Cultural y Divulgación era que en su programa de actividades quedase integrada la promoción y colaboración con organismos, entidades y técnicos arqueólogos para llevar a cabo excavaciones metódicas en nuestra provincia, encaminados a la búsqueda de restos que el pasado humano dejó ocultos bajo la tierra y así conocer mejor la historia de la humanidad.

De las primeras relaciones mantenidas con arqueólogos que de una forma u otra están inte-

resados por el tema dentro del ámbito provincial, se deduce que, en los últimos años, este tipo de investigaciones que tenían lugar en Madrid, se reducen a ciertos trabajos aislados, debido principalmente a la falta de medios y de coordinación a nivel científico, lo que restaba eficacia a tan meritorios y esforzados trabajos. Asimismo de estos primeros contactos se sacaba una lógica aspiración, la de contar con un Museo Arqueológico Provincial, donde depositar y exponer los hallazgos logrados y la necesidad imperiosa de un Servicio que se ocupara de la tarea de divulgación y proyección didáctica de todo lo investigado.

La provincia de Madrid, por su historia y la riqueza potencial de sus yacimientos, presenta un sugestivo panorama para investigaciones arqueológicas y por otra parte cuenta en ella con técnicos de reconocida categoría y mucha experiencia en estas ta-



- Se han descubierto restos de elefantes fosilizados hace 180 mil años
- En España sólo existen dos similares
- Necesidad de un museo arqueológico provincial